

sido su amante se iba á marchar muy pronto, todo esto lo inclinaba hacia una mansebumbre cariñosa y le reavivaba antiguos deseos mal adormecidos. Se aproximó á la joven y trató de estrecharle las manos.

— Mi pobre Dionisia — murmuró — he sido muy culpable; me arrepiento amargamente de la pesadumbre que te he ocasionado, y quisiera con toda mi alma demostrarte hasta qué punto te amo...

Montaraz retiró las manos, las cruzó á la espalda contra el tablero del armario y contestó:

— No te pido protestas ni juramentos; ya no te creo.

— Haces mal... Te he amado y sigo amándote, aun cuando tienes motivos para dudar de mi sinceridad... Respecto á tu próximo viaje, no he podido impedirlo; oponerme hubiera sido confirmar las sospechas que principiaba á sentir quien tú sabes. Para seguridad tuya y mía, este viaje es necesario.

— ¡Es imposible! — replicó la joven con voz apagada y trémula.

— ¿Imposible?... ¿Acaso no deseabas marcharte de aquí?...

— Sí; lo deseaba y sigo deseándolo; pero no puedo ir á un colegio.

— No comprendo por qué.

— ¿Por qué? — repitió la muchacha. — ¡Ah! Me cuesta muchísimo trabajo decirlo... sobre todo ahora, cuando ya no me quieres... Y, sin embargo... ¡es preciso! ¡Es preciso! — añadió con acento desgarrador.

Francisco cada vez entendía menos; iba estando nervioso y pensaba si la exaltación de Dionisia tendría algo de demencia.

— No puedo entrar en un colegio en el estado en que me encuentro — balbució la joven, bajando los ojos. — ¿Me comprendes, ahora?

Hubo un instante de silencio profundo. Pommeret sentía escalofríos en todo el cuerpo y, dominado por el miedo, no acertaba á pronunciar palabra. Pero, por horrible que fuera su angustia, ni aún remotamente tenía comparación con el sufrimiento que experimentaba la desdichada esposa oculta tras las cortinas. Cada palabra de la conversación era como una puñalada que la abría incurable herida.

Para sostenerse de pie, tuvo que apoyarse en la pared. Se ahogaba y se mantenía firme contra el dolor. Le zumbaban los oídos y le parecía escu-

char el tañido de una campana doblando á muerto por sus cariños, por sus esperanzas, por sus ilusiones... Cuando logró rehacerse y serenarse un poco, oyó á Dionisia que continuaba hablando con voz breve, nerviosa, entrecortada :

— Me ocurre algo extraño... No sé lo que es... Tengo miedo de hallarme camino de ser madre...

— ¡No es para desearlo! — gruñó Francisco, entre dientes.

Luego, añadió, después de tomar aliento :

— Sin duda te alarmas sin motivo; la imaginación te hace creer lo que no existe.

La muchacha movía la cabeza negativamente. Pommeret le dirigía pregunta tras pregunta; quería tener detalles minuciosos, y Dionisia, abrumada por la vergüenza, murmuraba :

— No sé... No sé... He visto á algunas mujeres en este estado... y sentían lo mismo que yo siento...

Francisco permanecía mudo; Montaraz continuó con más animación :

— Ya se te alcanzará que en tales condiciones no puedo exponerme á ir al colegio en que quieren encerrarme... Bueno, pues entonces, aún cuando me ha resultado durísimo, puedes creerlo, he pensado en ti para que me saques de este mal paso...

Pommeret puso cara espantadísima.

— ¡Oh! ¡Tranquilízate! — prosiguió, con ironía.

— No te pido sacrificios... Si, como creo, voy á ser madre, sabré querer y educar á mi hijo sin necesidad de ti... Lo único que exijo es que hagas desistir á la dueña de esta casa del proyecto de enviarme á un colegio, y que consigas que me deje irme á Aprey, con la familia de mi madre.

— Pero... — observó, afligido y cabizbajo, Francisco. — Ya está dispuesto todo para tu viaje... Si ahora intento que Adriana renuncie á lo acordado, la haré entrar en sospechas... Vamos, mi querida niña, tus temores pueden ser infundados, y resultaría más prudente esperar.

— ¿Esperar qué? — exclamó la joven, con vehemencia. — ¿Esperar á que mi falta sea visible y á que yo sirva de burla y de escándalo en el colegio donde tratan de encerrarme?... ¡Cállate! ¡Eres aún más cobarde de lo que creí, y estoy sufriendo atroz castigo por haberte amado!... Pero... ¡no me precipites!... Si te niegas á prestarme el servicio que te pido, te juro que iré á la dueña de esta casa y que le confesaré todo...

— ¡Es inútil! — murmuró tras ellos una voz débil. — ¡Lo he oído todo!

Aterrados volviéronse ambos, y, en la penum-

bra, apoyada en el quicio de la puerta, vieron á Adriana.

Su palidez era imponente; sus facciones parecían haberse endurecido y petrificado para guardar una expresión trágica de desesperación y de hondísimo resentimiento. Hubiérasela creído, á la vez, una Niobe y una Némesis. Montaraz, con los ojos fijos, agrandados por el espanto, permanecía fascinada por esta aparición austera, por las terribles miradas que surgían bajo las cejas fruncidas y amenazadoras, por aquel rostro blanco marmóreo rodeado de cabellos negros, entre los cuales destacaba el mechón blanco que acentuaba de un modo extrañísimo la fisonomía de Adriana. Francisco, por el contrario, intentando sustraerse á aquel temible careo, retrocedió hasta colocarse en el ángulo más obscuro del comedor.

Sin añadir palabra, se fué en derechura á un aparador, tomó un jarro de agua, llenó un vaso, y bebió ávidamente; luego, apoyándose en la mesa, con voz que por lo tranquila contrastaba con la alteración del semblante, exclamó:

— Sí; lo he oído todo, y, si no he muerto del golpe, debe ser porque los dolores de este género sólo matan lentamente... Es infame lo que habéis hecho... No tengo fuerzas ni ánimo para deciros

lo que pienso... Siempre os quise bien y siempre os hice todo el bien que pude... En pago, me habéis envenenado la vida... Ya no siento más que un deseo: ¡irme cuando antes de este mundo!...

Vióse interrumpida bruscamente por Montaraz, que cayó de rodillas ante su protectora, besándole el borde de la falda y pidiéndole perdón entre sollozos.

— ¡Basta, mi pobre Dionisia! — añadió Adriana. — ¡Tú eres una infeliz!... Hasta comprendo que te hayas dejado seducir; ¡me dejé seducir yo, que tenía más reflexión y más discernimiento que tú!... Pero él, pero este hombre que me juró fidelidad y cariño y que ha abusado de mi buena fe, de mi estultez, para deshonorarte y para ultrajarme en mi propia casa... ¡este hombre es el peor de los miserables!

Aún estando desconcertado, aniquiladísimo, Francisco comprendió que le convenía no dejarse maltratar de aquel modo sin rebelarse y protestar, al menos en apariencia. Le iba en ello su dignidad de hombre y de marido; salió, pues, del rincón obscuro en que, al principio, se refugiara, y dijo, con tono seco:

— Esta escena es inútil é impertinente, y no se-

guiré presenciándola más... Ya nos explicaremos en otra parte.

— ¡Quédate! — replicó imperativamente Adriana. — Diré todo lo que tenga que decir, tú me oirás de grado ó por fuerza. Podría vengarme entablando judicialmente el divorcio y poniendo de manifiesto, ante las personas decentes, tu conducta villana; pero me repugna que mi apellido ruede por los tribunales; no quiero que tus infamias sean baldón para mi familia; no consiento en que mi nombre arrastrado por el tuyo sirva de comidilla á la murmuración... Así, pues, me callaré; pero, á cambio de mi silencio, exijo que los dos os sometáis ciegamente á cuanto se me antoje intentar para sacar del fango mi honra y la vuestra...

A partir de esta noche, ambos me obedeceréis como esclavos; no tendréis más voluntad que mi voluntad... ¡Esa será mi venganza! ¡Jura obedecerme! — gritó, obligando violentamente á Dionisia á levantarse. — Y tú, promételo, no por tu honor, por tu vida, que es, probablemente, lo único que estimas en el mundo... ¡Ambos me debéis ese juramento, ya que habéis destruido para siempre mi felicidad!

Y, mientras que los culpables inclinaban la ca-

beza, la ultrajada esposa tomó la luz, colocada sobre el aparador, y ordenó:

— Ahora... ¡subamos!

Sin hacer caso de Pommeret, empujó á Dionisia delante, y la condujo á su cuarto, dejándola encerrada. Cuando echaba la llave, se encontró cara á cara con Francisco que atravesaba el pasillo.

— Oye — le dijo, á media voz — á contar desde hoy somos completamente extraños el uno para el otro; pero, ante los criados y ante todo el mundo, viviremos como si nada hubiese cambiado nuestras relaciones... Será una comedia odiosa, pero mucho más odiosa para mí que para ti... De cualquier modo procura representarla bien; porque, si por culpa tuya, la gente llega á sospechar lo que aquí ha ocurrido, ¡por lo más sagrado, te juro que te mataré como á un perro!